



El nuevo Prado o Paseo de Extramuros con la Fuente de la Habana en 1840.
Dibujo de Mialhe.

ESTAMPAS HABANERAS—PRIMER CENTENARIO DE LAS FUENTES DE LA INDIA
Y DE LOS LEONES.—EL PASEO DE ISABEL II.

Arquitectura

dic. 1936

Por S. DE URBINO

La iniciativa del Conde de Villanueva en 1835, de aumentar las bellezas de la Capital, colocando fuentes monumentales en los paseos, encontró una franca acogida en la sociedad habanera y pronto se reunieron por suscripción pública los fondos necesarios.

Ya se había inaugurado en ese mismo año el monumento a Fernando VII en la Plaza de Armas y por el éxito obtenido se encargó al propio Coronel de Ingenieros, Don Miguel Pastor, los proyectos para dos nuevas fuentes; una, se denominaría de la Habana, con una India, y la otra, la fuente de los Leones.

Terminados los planos se remitieron a Génova en donde algunos amigos de Villanueva se encargaron de arreglar el contrato para la ejecución con el notable escultor Giuseppe Gaggini, quien utilizó además, al arquitecto Tagliafichi, para dar cima al trabajo.

Es interesante ver en la correspondencia cruzada el celo que se dieron las autoridades para lograr dos obras de arte. La primera que se terminó fué la de los Leones que hoy contemplamos en la Plaza de la Fraternidad, habiendo estado antes en el Parque de Trillo y también en el nuevo Prado. (*) A su llegada en el 1836 y durante el Gobierno del General Tacón fué instalada en la Plaza de San Francisco, y allí en su vecindad con el Convento y la Aduana, sirviendo como motivo de adorno y de utilidad pública, vino a ser el complemento de múltiples escenas de la vida habanera.

Ante sus Leones que son populares y tal vez salpicados por sus aguas, pasaron cuadros llenos de religio-

sidad en las fiestas de Semana Santa, Corpus y Ascensión, a las que asistían las criollas acompañadas del negrito paje o de la negra criada, que eran portadores de sendos cojines para los reclinatorios de sus dueñas y había en aquéllas, un despliegue de telas preciosas, encajes y mantillas que rivalizaban con los paños sagrados, y las capas obispales y hasta las notas rojas en las capelinas de los monaguillos.

Después, en las otras mañanas de procesiones entre cirios y ciriales, y bajo el palio brillante de nuestro sol, venían las rogativas obligadas en los altares y cruces que se improvisaban en las esquinas (1), y junto con las preces y cantos gregorianos se perdían en el incienso ansias y anhelos de un mundo mejor.

Antes del año 41, una vez terminadas las fiestas religiosas empezaban en la tarde las verbenas del santo, las ferias de San Francisco, y se adornaba la plaza con arcos de hoja de palma, follaje en las puertas de los edificios y cientos de farolitos de papel, al mismo tiempo se habilitaban mesitas y kioscos con toda clase de golosinas, dulces, frutas y juegos de azar, éste último era una de las pasiones de los habaneros, allí figuraban la lotería de barajas, el gallo negro y el indio, la perinola y los dados, que por un medio daban cinco, en donde el buen pueblo se divertía saliendo como siempre esquilmado. También para los ricos en la casa de los portales que existió en una de las esquinas, estaba el famoso café "El León de Oro", en el cual se hacía música, bailes y jolgorios con las imprescindibles mesas de juego que amontonaban las "peluconas" o las onzas, la moneda entonces de mayor circulación. Como

* Ver "Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica", del doctor Eugenio Sánchez de Fuentes.



El Convento de San Francisco, y la Plaza con la Fuente de los Leones. Dibujo de Mialhe. 1836.

detalle interesante diremos que a este café vino por primera a Cuba la invención de la ruleta, por tanto podemos conferirle el título de tatarabuelo de nuestro flamante Casino.

Pero también aquellos leones de la fuente presenciaron durante algunos años, el ajeteo de la vida en puerto, con el ir y venir de los carros, los chirridos en las carretas, los gritos de los conductores frente al espanto de las bestias, y como el transporte se hacía en muchas partes a hombros, los negros esclavos y los cargadores se transformaban en vivientes tongas; luego el el ruido al correr de las barricas de vino, las pipas de aguardiente, y de alcohol, las cajas de azúcar y los fardos de tabaco, amén de las grandes tosas de maderas dura, que constituían los motivos de nuestro ya importante comercio, mientras afuera en la Plaza esperaban en fuertes volantas de viaje, dueños y poderosos.

Un día vendrá, cuando se revaloricen las bellezas de nuestros motivos históricos por la insaciable voracidad del cine, un día vendrá repetimos, que estas estampas pasarán vivas ante los ojos de los habaneros, por tanto les damos un anticipo; y todas las escenas que hemos descrito fueron cruzando frente a las caras impasibles de los leones que justificaban su pereza y aburrimiento forzado en su perenne vomitar de agua... ni siquiera les estaba permitido hacer a la vista de las chicas, lo que el hace león de las películas...

La otra fuente, la de "La Habana" o "La India" que también celebra su centenario, hoy es un símbolo unido al nombre de la Ciudad; no tenemos ninguna obra de arte que sea tan popular lo mismo en Cuba que en el extranjero, ni que se haya reproducido tanto en litografías, revistas, postales, etc., ha llegado a ser como fué el propósito de sus autores el emblema de la Capital y no se concibe ésta, sin verla representada por

aquella noble estatua que, sobre la roca con su manto al hombro y el carcaj en la espalda parece piensa hacerle la competencia a Cupido. Como signo de su riqueza, a un lado, tiene el cuerno de la abundancia pleno de frutas tropicales, y al otro con sus tres castillos, el escudo de armas.

Su serena cara clásica, muy propia del academismo que imperaba en aquel tiempo, su corona de plumas que es una corona teatral muy decorativa, le dan una atracción al semblante, que pronto se le quiere perdonándole su exotismo; no importa que sea una Diana trajeada para un baile indio, pues por muy india que sea la palabra habana, tampoco puede negar su fundación y su raigambre europea. Luego los defines cuyas bocas abiertas recuerdan de lejos las grandes bocazas de los tiburones, en cien años no han perdido un diente, que aquí representan una alegoría de la ciudad junto al mar, y la composición simple de su pedestal con la hermosa taza, justifican su popularidad como obra de arte.

Ciertamente el ingeniero Pastor y los artistas Caggini y Tagiafichi estuvieron acertados y son merecedores de nuestra gratitud.

Dos traslados y cambios de eje ha sufrido la Fuente; después de estar frente al Campo de Marte, pasó en el siglo pasado a la rotonda que se encontraba cerca de la calle de Neptuno, volviendo más tarde a su primitivo sitio y por último en el 1928 se le puso como término a la Avenida del Capitolio, realizándola con varias gradas, una pequeña exedra y un acertado pórtico de palmas. En sus cercanías tuvo en un tiempo álamos y adelfas, después cocos, más tarde flores y palmas; fué el vértice más importante del aquel célebre Paseo de Isabel II que a veces con cuatro, seis y ocho alineamientos de árboles, llegaba desde el Arsenal hasta la Punta. Por el 1841, la India gozaba de la predilec-

52

ción de las habaneras que allí se daban cita con sus volantas. Un cronista de aquella época y que se ocultaba con el seudónimo de "El Criticón" escribía en el Papel Periódico, lo siguiente:

"Es una preocupación de nuestro pueblo la de ir a ese paseo que es el punto de reunión de las volantas, desde la media tarde hasta que el sol desaparece, y dar un millón de vueltas alrededor de la Fuente y de la Estatua de Carlos III (que entonces estaba en dicho paseo), sin disfrutar de los placeres que brinda la sociedad por medio de la conversación.

"Allí no se oye una voz humana, ni se percibe más rumor que el de las ruedas, ni se lleva otro interés que el de lucir los trenes y frisiones que se disputan la velocidad, tal vez con perjuicio de algún brazo, alguna pierna u otra desgracia de los concurrentes. En los días de etiqueta bien es verdad que no hay estos abordajes, pero en cambio la marcha simétrica y enfadosa a la cual se ha bautizado con el nombre de Paseo se hace insufrible, para el que la observa, no quedando otro recurso que dormirse merced al arte de las preparaciones, adornos y esencias con que se perfuma el ambiente."

Esto si que no le podemos creer al criticón, dormirse en aquel paseo mientras duraba el desfile, era algo imposible, ya que la mirada y la atención estaban solicitadas fuertemente por todas partes, y continuaba "El Criticón" arremetiendo contra las muchachas en la forma siguiente:

"No hay joven alguna, nos dice, y aún las que no

petimetas, por lo regular no es otra cosa que ponerse al tocador y embalsamarse con perfumes que poco a poco van estragando su naturaleza, y después que han invertido dos horas mirándose al espejo con quien consultan sus graciosas gesticulaciones, saltan al estrado a recibir las visitas o a tocar el fortepiano y de aquí se disparan a la tienda de las modas o a la casa de las amigas o a pasearse en la endemoniada volanta que es trono de sus ocios. ¿Y es admirable ese género de vida voluptuosa y sibarítica de la mañana a la tarde con intermedio de volantas? ¿Qué debemos esperar de nuestras petimetas? He aquí el diario histórico de las habaneras, he aquí el origen de sus histerias. ¿Por qué no caminan, por qué no hacen ejercicios moderados?"

Acaban usted de oír al "Criticón", cuando escribía hace cien años, y aunque precursor de la cultura física a la verdad debió ser viejo y feo, y no saber cuanto valía la gracia de nuestras petimetas de antaño; las crónicas con la visita de los príncipes de Orleans, la misma Condesa de Merlin, y hasta la que narra la estancia del Barón de Humbolt en la Habana, dicen otras cosas.

Un turista americano, en un libro llamado "Notes



of Cuba", dejó de aquel paseo la siguiente descripción:

"La alameda tiene aproximadamente una milla de largo y es bastante ancha para permitir a los paseantes cambiar saludos de un lado a otro con sus conocidos, saludos que las señoras hacen graciosamente con sus abánicos y los caballeros con un movimiento de manos. Este paseo cuenta con aceras cómodas y asientos distribuídos en todo su largo que utilizan las personas a pie. También en él lucen en toda su extensión hermo-

sos árboles de gran variedad botánica. Cinco bandas de música se sitúan en los puntos más favorables del recorrido."

"Cada carruaje mantiénese en orden y marqueses y condes, caballeros y plebeyos con tal que tengan los medios suficientes para sostener una volanta propia figuran en este animado y brillante concurso, exhibiéndose en estos carruajes ya un caballero solo, ya frecuentemente una pareja o tres personas que circulan, miran, hablan y ríen en alta voz, siendo vistos por todos y saludados sin parar. Sólo cuando la música toca todo el mundo la escucha con atención."

Como un detalle del valor de los trenes tomamos de una obra antigua las siguientes cifras, que en aquella época de la esclavitud, hablan por sí solas:

Valor del mulato calesero, sano y sin tacha libre de derechos para el vendedor	\$1,200.00
Derechos de alcábala y escritura	200.00
El Quitrín (cuarenta onzas)	680.00
Arreos de plata (como se ve, los criollos se gastaban la plata)	800.00
Botas, librea, espuelas, sombrero, cuarta, etc.	250.00
Los caballos criollos.	450.00
Total	\$3,500.00

Cuán distinto escribiría "El Criticón" si estuviera vivo y pudiera ver las habaneras de 1936, sobresaliendo

en toda clase de sports, basket, tennis, natación, track, bailes, etc., dominando muchas varias carreras, sobresaliendo en la oficina, en el taller, en el Magisterio, en la literatura, en las artes, en el periodismo, y últimamente en nuestra política a donde llegan por una ruda rampa, haciendo derroche de talento y energía...

Seguramente "El Criticón" tendría alabanzas a granel para las universitarias, para las deportistas y nuestras petimetras de hoy... y aquí terminan estas líneas con que hemos querido conmemorar el centenario de las dos fuentes más importantes en la historia de la Habana.



(1) De esta costumbre aún queda la cruz verde en la calle de los Mercaderes.

NOTA.—Con la apertura de la vía inter urbana que se llamó durante la Colonia, Nuevo Prado, Alameda de Extramuros, Paseo de Isabel II, Prado y Conde Casé Moré, y en la República Paseo de Martí, efectuada por el Marqués de la Torre en 1772, la Habana pudo contar con una amplia arteria para su solaz. En los primeros tiempos ese paseo careció de todo adorno y su falta de alumbrado y de seguridad lo aprovechaban gentes de mal vivir. En la época de Don Luis de las Casas y del Conde de Santa Clara se ejecutaron obras de terraplenes, drenajes y se colocaron varias fuentes entre otras la de los Genios en la rotonda de su nombre en el 1799; después se enriqueció notablemente su arbolado contando con numerosas estatuas y la fuente de Neptuno en la rotonda de su nombre, la de la India, y los monumentos de Carlos III y más tarde Isabel II.

Durante la intervención y bajo el gobierno del General Wood, también se ejecutaron trabajos de restauración y embellecimiento, que duraron hasta el 1928 en que fué transformado totalmente con gran acierto en la forma que hoy lo vemos, suprimiéndose el césped central, uniéndose los paseos, ejecutándose obras de alumbrado y colocándose nuevos árboles, flores en los bordes, asientos y bancos de mármol, farolas, copas y adornos de bronce, y el nuevo piso de granito artificial, constituyendo uno de los más bellos salones de la ciudad en cuyo derredor se celebran los famosos mundialmente carnavales de la Habana.



La Fuente de la India o de la Noble Habana, tal como se encuentra en la actualidad. Obra del escultor italiano Gagini, según los planos del Ingeniero Pastor, modificados por el Arq. Tagliafichi.





La Fuente de los Leones, después del último emplazamiento en la



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA